

Cuando el cielo era azul

Cuando el cielo era azul

Laura Delgado



Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del código penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español De Derechos Reprográficos). Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© de la fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Laura Delgado 2025

© Entre Libros Editorial LxL 2025

www.entrelibroseditorial.es

04240, Almería, (España)

Primera edición: septiembre 2025

Composición: Entre Libros Editorial

ISBN: 979-13-87621-54-4

Depósito legal: AL-6060-2025

Impreso en España - *Printed in Spain*

*Nunca hallarás tanta paz
como aquí, entre los muertos.*

Anónimo

A Ana Belén Hormiga Amador.
Por ser tú.

Parte 1

Las horas muertas





Elisa

Hoy es un día bonito para desaparecer.

La lluvia intermitente de los últimos días ha creado una lucha de colores en el paisaje. El verde vibrante de la vegetación recién nacida brilla bajo el azul del cielo. Es invierno, pero el aire parece de primavera. Ha salido el sol y calienta lo justo. Quiero aprovechar este calor de la mañana, por lo que me coloco sobre las ocho baldosas que se salvaron de la sombra perpetua cuando construyeron el enorme edificio al lado de casa. Cada vez que veo esa mole de cemento y cristal quiero morir. No de forma literal. Yo no quiero morir.

Hago inspiraciones y espiraciones profundas con los ojos cerrados, tratando de conectar con el momento presente. Llevo dos meses cumpliendo a rajatabla las indicaciones de mi terapeuta. Ella está convencida de que el yoga y la meditación pueden ayudarme; yo estoy segura de que no. Le falta tantísima información... Tal vez cuando regrese sea capaz de sentarme frente a ella y vaciarme por

completo. ¿A quién quiero engañar? Si no he abierto la boca hasta ahora, la falta de valor no ha sido una de las razones.

Los sonidos en el piso inferior me sacan de mi ensimismamiento y lo agradezco. Ya soy capaz de anticiparme a mi línea de pensamiento y frenar a tiempo. O simplemente frenar, que ya es mucho.

Vuelvo a mi habitación para hacer la cama. A pesar de no haber dormido más de tres horas, está tan deshecha que cualquiera afirmaría que no he dormido sola. El sueño es lo primero que *él* se ha llevado. También es lo que menos me preocupa ahora mismo. Podría solucionar ese problema con química: dos pastillas, y en menos de media hora ya estaría soñando. El problema es que soy masoquista y no quiero dormir. Mientras duermo no duele. Y el dolor, el dolor de verdad, el que habita en el medio del pecho y te consume la vida, no es más que una certeza de que todo lo que he vivido es real.

Nota mental: «Ni se te ocurra mencionarle nada de esto a Ana».

Al llegar al descansillo de la escalera, estiro la sonrisa. La tengo estudiada. Sé cómo les gusta a ellos y no me cuesta nada.

Mi padre está de espaldas, con su vieja camiseta de los domingos, los pantalones cortos y sus zapatillas de estar por casa, esmerándose en preparar un desayuno digno de una estrella Michelin. La voz de mi madre sale de su habitación; el teléfono y ella se han fusionado en un solo ser desde que ha empezado en su nuevo trabajo, y doy gracias a que apenas tenga tiempo para levantar la mirada de la pantalla. Mi madre es de esas madres brujas que saben lo que vas a pensar antes de que lo hagas.

Cuando cumplí los dieciséis, les mentí. Les dije a todos que iría de celebración a casa de una amiga, cuando en realidad el plan era pasar la noche en la discoteca de moda con mis amigas y el chico que me traía loca. Al salir de casa, estaba convencida de que los había engañado a todos. Para mi sorpresa, encontré

a mi madre esperándome en la barra con un ron cola. Fue un cumpleaños de mierda.

—Cariño. —Mi padre tiene una voz profunda, un tanto áspera. Sin embargo, siempre que se dirige a mí la modula de tal forma que suena cálida—. ¿Quieres la tostada con aguacate o prefieres salmón? —me pregunta, poniendo frente a mí una de cada.

—Gracias, papá, pero no tengo hambre. Con el café voy bien.

—De eso nada —suelta con su tono seco.

—Ya, pero...

Mi madre entra como una apisonadora y, con el teléfono aún en la mano, hace aspavientos para que me siente. Su sonrisa choca con la mía, y de forma apresurada da por terminada la llamada y se acomoda frente a mí. Está claro que no he logrado engañarla.

—No has pegado ojo, ¿verdad? —Con los ojos entrecerrados, mira a mi padre—. Ya te dije que el colchón inflable para la niña no era buena idea.

—No, mamá. El colchón está perfecto.

—Y yo te dije que no necesitabas un despacho. El cuarto de la niña tenía que quedarse como estaba —le responde mi padre con voz dura a mi madre sin mirarla a los ojos, y me acerca una enorme taza de café con leche.

—Las obras terminarán en breve, y la niña tendrá de nuevo una habitación mucho más amplia, luminosa y con vestidor.

—Una obra innecesaria. La niña estaba bien en la de toda la vida. —El tono de mi padre vuelve a ser áspero.

—Porque tú no valoras el espacio.

En otro momento de mi vida habría protestado por esta horrible costumbre de hablar de mí como si no estuviese presente y también para dejar constancia de que hace años que dejé de ser una cría. Gracias a Ana, ya no lo hago. Ella me ha enseñado que debemos elegir nuestras batallas.

Le doy dos mordiscos sin ganas a una de las tostadas y juego con el café con leche mientras oigo de fondo sus voces. Con todo y con

esto, son un patrón de seguridad en mi vida y los adoro. Podría apostar mi brazo derecho a que en cuestión de diez minutos mi padre soltará un chascarrillo sin gracia para nadie, excepto para mi madre. No sé cuál será la fórmula exacta para hacer que una pareja siga unida a pesar de todo, pero estoy segurísima de que reírse juntos tiene mucho que ver.

Yo no recuerdo la última vez que reí a carcajadas con alguien. Miento. Claro que lo recuerdo. Fue con *él*, pero ¿y antes de *él*? Suelto el aire con brusquedad por la nariz. Menuda pregunta más estúpida. Antes de *él*, no hay recuerdos.

—¿Y tú, cariño?

Siento dos pares de ojos clavados en mí esperando una respuesta.

—¿Yo?

—Sí, ¿qué te parece la idea? —Por el entusiasmo en la voz de mi madre, intuyo que debo responder afirmativamente. Me limito a encogerme de hombros y ella me dice de nuevo—: Creo que lo mejor será salir en media hora para evitarnos los atascos. Si no te importa, paso yo primero al baño.

Con la mano, hago el gesto de adelante y mi madre sale disparada, dejando el rastro de su perfume de rosas en el aire. Mi padre la sigue con la mirada hasta que la puerta del cuarto de baño se lo impide y entonces fija su atención en mí.

—Elisa, ¿qué te pasa?

Mierda. Me he concentrado tanto en mantenerme por debajo del radar de mi madre que he descuidado a mi padre.

—Es solo cansancio. Estas últimas semanas han sido intensas. Los exámenes, el recital, el viaje... —le respondo, con la mirada fija en el café.

—Ya, pero... —Me siento como si me analizara bajo un microscopio—. Eso pasa todos los años por estas fechas, y nunca te había visto tan... —añade, y hace una pausa larga como si estuviera buscando la palabra en su diccionario mental— diferente.

—¿Diferente en plan bueno o en plan mal?

Agunto la respiración a la espera de su respuesta:

—No lo sé, Elisa. No lo sé.

Nota mental: «Tengo que mejorar mis capacidades interpretativas».

Me salva mi madre al volver a la cocina, lista para salir. Tiene gracia que todos digan que somos como dos gotas de agua, porque ella es infinitamente más guapa de lo que yo podría serlo algún día. Tiene esa belleza serena, limpia, casi transparente, lisa, que se opone a todas mis aristas y mi oscuridad. Al verla con los labios pintados de un rojo intenso y su pelo corto peinado a la perfección, entiendo cómo la mira mi padre. Y los amigos. Y los vecinos. Y los compañeros de trabajo. Lo entiendo todo.

Nos despedimos de mi padre, quien sigue escudriñándose con los ojos entrecerrados, y nos subimos en su coche nuevo. Blablablá... sobre todas las prestaciones que tiene el cacharro de cuatro ruedas. Finjo interés por lo que dice mientras me recreo en el bonito azul del cielo.

Mi tía Soledad y mi madre han organizado la no celebración de Nochebuena para esta noche. A ellas, eso de que algunos de sus hermanos y sobrinos no pudieran estar presentes porque les tocaba cenar con su familia política les parecía la excusa perfecta para una cena anticipada. Que yo llegara un día antes es otro pretexto para alargar la fiesta.

Como mi madre ha pensado que será divertido que nos presentemos los tres con jerséis de Navidad a juego, me lleva de compras a un centro comercial. Odio los centros comerciales en un día normal, y aún más en estas fiestas. ¿Qué le ocurre a todo el mundo? ¿Qué necesidad tienen de exudar alegría? ¿Es el calendario? ¿Creen que tienen que ser felices porque es lo que toca?

Mi madre me guía a una tienda en la que es imposible ver algo que no sean cabezas moviéndose de un lado a otro. La sigo

porque parece que sabe el lugar exacto al que quiere llegar, y una vez allí rebusca entre una pila de prendas lanudas desordenadas. Me da una, luego otra y chasquea la lengua mientras contribuye al desorden. Al final coge una del fondo, me observa, la mira y se empeña en colocarla sobre mi cuerpo.

—Has perdido peso, Elisa. ¿Estás comiendo bien?

—Claro que sí. —No me atrevo a mirarla porque me pillaría la mentira.

—Es que mira. —Me enseña la etiqueta del jersey más ridículo que ha visto un ser humano—. Es una talla menos de la que suelo comprarte, y parece que te está bien.

Levanto los hombros, y a ella le vale como respuesta a algo que tampoco era una pregunta.

Tardamos más de media hora en fila como borregos para poder pagar, y una vez que salimos, mi madre se pega al móvil y va indicándome con la barbilla hacia dónde ir. ¡Cómo no, la crepería! La mujer que lleva el uniforme de encargada la reconoce, por lo que le ordena a una de las camareras que nos atienda con rapidez. Ella se conoce la carta de memoria, así que señala lo que quiere casi sin mirar. A mí no me apetece nada.

El día se me hará eterno.

Y doloroso.

La gente no solo está más alegre por Navidad, sino también más amorosa, y las parejas se multiplican como los hongos. Todos van de la manita o agarrados por la cintura, envueltos por una especie de burbuja protectora en la que se creen invencibles. ¡Estúpidos!

Hago un esfuerzo sobrehumano para no derrumbarme frente a mi madre, y no porque a ella las escenas *drama queen* la aterricen, sino por las explicaciones que me pediría. ¿Por qué todo el mundo al ver llorar a alguien lo primero que preguntan es qué te pasa? ¿Qué más dan las razones?

Nota mental: «Inspira, Elisa. Espira, inspira, espira».

Consigo frenar el tsunami en el último momento y no por fuerza de voluntad. Se produce el milagro navideño que las películas de Hollywood nos han hecho creer y ante mis narices se materializa el alma gemela de mi madre: la perfectísima hija de mi tía.

Tan.

La llamo así desde niña porque es *tan* lista, *tan* simpática, *tan* perfecta, que a nadie le sorprendería que descubriese la cura para el cáncer y la forma de acabar con el hambre en el mundo en el mismo día.

Mi madre se deshace en achuchones y cumplidos sobre su maravilloso pelo mientras yo no puedo evitar echar mano al mechón suelto que me cae sin gracia sobre la cara.

Nota mental: «Ana, tenemos que trabajar más en esto».

La saludo, me saluda, intercambiamos preguntas y sonrisas de cortesía y las dejo a ambas en su burbuja protectora. Me incomoda ver a mi madre y a quien podría ser mi madre veinte años atrás, pues son tan parecidas que la intrusa parezco yo. Sin embargo, su presencia acaba de salvarme la vida.

Espero el momento y en cuanto tengo la oportunidad meto la patita y digo:

—Bueno, pues voy a aprovechar que la prima está aquí para hacer mis compras.

Me la juego al comodín del cincuenta por ciento. Le mantengo la mirada a mi madre, sonrío, y sé que colará. La solidez de las mentiras no radica en lo que cuentas, sino en las ganas de creerlas por parte de quien las escucha, y a mi madre, en este momento, le viene de escándalo creerme. Así que sin mucha reticencia de su parte me despido de ellas con la llave de su coche y la promesa de que estaré lista para la hora de la cena.

Al llegar a la zona de las escaleras mecánicas, me giro para comprobar si están pendientes de mí y confirmo que me han olvidado en cuanto he desaparecido de su campo visual. Bajo por la rampa, que para ser mecánicas son más lentas que si lo hicieras a pata. Frente a mí hay un puñado de parejas que aprovechan ese tiempo muerto para darse piquitos, y se me revuelven las tripas y las emociones.

Tengo que hacer dos paradas, y calculo que no me llevará más de veinte minutos en total. Quiero llegar a casa cuanto antes para... para..., no sé..., ¿para no tener que rodearme de humanos?, ¿para dormir veinte años seguidos y que al despertar un meteorito lo haya arrasado todo y yo ya no tenga problemas? Reconozco que esta última idea me anima un poco.

Los veinte minutos se convierten en casi cincuenta esperando impacientemente con el número ochenta y uno hecho una bola de papel en mi puño. Al llegar mi turno, la cajera me atiende con una ridícula diadema de árbol de Navidad en la cabeza y una sonrisa superlativa. También es mala suerte que me toque la única trabajadora de cara al público de todo el centro comercial que está de buen humor.

Nota mental: «¿Estoy a tiempo de comprar un número para Navidad?».

Es difícil hacerse entender cuando la música de los villancicos suena demasiado alta y, además, no quiero —ni puedo— elevar la voz para que traspase una mampara obsoleta de la era COVID. Cuando al fin la cajera entiende lo que quiero y cómo lo quiero, me hace entrega de un sobre alargado que yo oculto en mi bolso como si fuera un fardo de coca.

La siguiente parada es más rápida. Me atiende un chaval —que si llega a los dieciocho años es un milagro pero que controla mucho del tema— y sin florituras me entrega lo que busco. Punto y minipunto para el muchacho eficiente.

Salir del aparcamiento del centro comercial es una prueba más para mi paciencia y mis nervios. No es hasta que cojo la circunvalación cuando el tráfico se despeja y puedo conducir tranquila. Abro las ventanillas delanteras; el aire está fresco, pero me gusta. El cielo sigue de un azul infinito, en consonancia con un mar en calma.

«¿Y si...? ¡Hazlo!».

Doy un volantazo hacia la derecha y sigo conduciendo de frente. Traspaso la primera zona asfaltada y no detengo el coche hasta el mismo borde de la arena. Un surfista que está metiendo su tabla en el maletero de su SUV me mira espantado y yo le sonrío. Soy muy consciente de la imagen que proyecto.

A esta playa veníamos los domingos de agosto toda la familia cuando era una cría. Era genial porque podíamos correr como salvajes de punta a punta sin molestar a nadie. Tal vez los adultos debieron pensar en la razón de esa escasa afluencia antes de descubrirlo a las malas. El tío Enrique casi murió ahogado. Escapó porque los astros estaban alineados y otro surfista llegó *in extremis* para agarrarlo por el brazo antes de que la corriente lo arrastrase a una muerte segura. Fue una escena dantesca con un boca a boca fascinante para los pequeños aunque aterrador para los mayores. Salimos en el periódico al día siguiente.

Al llegar a la orilla, suelto mis pertenencias y me quito las botas rojas y los calcetines para sentir cómo la arena mojada se cuela por entre los dedos de mis pies. Cierro los ojos y levanto la cabeza hacia el cielo. Un día bonito, un momento casi perfecto. Si *él* estuviera a mi lado, nos quitaríamos la ropa, entraríamos corriendo cogidos de la mano y reiríamos a voces como solo nosotros sabemos hacerlo.

Mierda.

Inspiro. Espiro. Inspiro. Espiro.

Me levanto, corro hacia dentro y río como si no estuviera sola. Avanzo hasta donde el agua me llega al pecho y sigo riendo. La risa es buena. La risa cura. Me dejo arrastrar por las olas cuando

el agua me llega a la barbilla. ¿Por qué no puedo dejar de pensar en todas esas cosas que haría con *él*? ¿Por qué se ha llevado todo lo que implica mi futuro? El agua me sobrepasa y me mueve a su antojo. Floto. Mi cabeza no pesa. Él no pesa. Suelto todo el aire en una inmensa carcajada amarga que suena a eco y después me impulso con fuerza. Consigo sacar la cabeza y cojo aire con toda la capacidad que me permiten mis pulmones. Sigo riendo.

Nota mental: «No contarle nada de esto a Ana, o pedirá que me encierren».

Salgo. Me miro los vaqueros, mojados y ensalitrados, que me pesan una tonelada, y al llegar al coche observo la tapicería beis. Mi madre va a matarme.

Pasados unos minutos, llego a casa y la suerte me acompaña. Mi madre sigue con su alma gemela, y casi con seguridad habrán comprado medio centro comercial, así que mañana le daré un buen lavado en la gasolinera para que no se dé cuenta.

—¡Elisa!

Mi padre se levanta del sofá de un salto al verme y hace gestos de sorpresa señalándome cuando estoy terminando de abrir la puerta de casa.

—¿Cuela si te digo que me he caído en la playa? —le pregunto inocente.

—¡Por el amor de Dios, hija! Claro que no cuela. ¿Qué te ha ocurrido?

—Papá, créeme, lo necesitaba. Me ha servido para drenar. Tranquilo, estoy bien.

—¿Drenar? —Se muestra extrañado—. ¿Qué se supone que tienes que drenar tú?

Y ese «tú» suena a acusación, a «Te hemos dado la mejor de las vidas», a «Tú no puedes tener problemas». Así que vuelvo a recurrir a mi única arma y le digo:

—Papá, me he encontrado a las chicas en el centro comercial y hemos decidido ir a la playa. Allí, entre una cosa y otra... Nos ha parecido divertido y ya está. —Mi padre también quiere creerme—. Y, bueno, con las risas que nos hemos echado, he soltado la tensión de tanto examen y tanto ensayo. ¿No me ves mejor cara que esta mañana?

Es imposible que diga que sí.

—¿Qué está pasando, Elisa? ¿En qué estás metida? ¿Es un tema de drogas?

Mi padre tiene el don de sacar siempre la conclusión más errónea de todas y asumirla como una verdad absoluta.

No puedo evitarlo y suelto una carcajada.

—Puedes estar tranquilo, no me he drogado en mi vida.

—¿Entonces?...

—Entonces nada. No sé qué quieres que te diga. Estoy bien. Estoy genial. ¡Estoy de puta madre! —Me he pasado, lo sé. Tal vez habría sido mejor decir que estoy enganchada—. Lo siento, discúlpame, papá.

Él me mira sin pestañear, buscando sacarme información como sea. Me percató de que la arruga que le cruza la frente se ha hecho más profunda, al igual que las entradas de su pelo. Incluso parece más pequeño. Es como si en este tiempo sin verlo hubiese envejecido cinco años.

—Sea lo que sea, Elisa, puedes contármelo. Estoy, estamos, aquí para ti. Seguro que entre los tres podremos solucionarlo.

Nota mental: «Si lloras, estás jodida».

Muevo la cabeza arriba y abajo y me pone la mano en el hombro.

—Mañana. Mañana durante el almuerzo... —Levanto el meñique para jurarlo como hacemos desde que era una niña y me lo acepta, relajándolo un poco—. Además, mira la hora que es. Mamá debe estar al llegar, y como no esté preparada, nos montará el pollo del siglo.

Nota mental: «No decirle a Ana que sigo procrastinando».

—Es cierto. Anda a prepararte. —Me suelta el meñique y esboza una sonrisa que me confirma que he sabido contener la erupción—. Pero mañana hablaremos sin falta.

—Sí —le aseguro.

Doy dos pasos en dirección al cuarto de baño, pero me giro y, sin pensarlo, me lanzo a sus brazos. Mi padre es el puto amo de los abrazos. Sabe proporcionar la seguridad de un refugio antiaéreo y la calidez de una chimenea al mismo tiempo. Apoyo la cabeza en su pecho y escucho sus latidos mientras su mano me acaricia la cabeza. Sé que quiere decirme algo y que no encuentra las palabras. Lo sé porque yo siento lo mismo. Abro la boca, pero no articulo sonidos. No me salen, no puedo. La emoción se me ha atravesado en la garganta y no deja salir nada. Tampoco entrar. Me falta el aire, me faltan las fuerzas. Se me empañan los ojos y presagio un derrumbamiento en tres..., dos..., uno.

Me separo, entro en el baño y me convierto en la chica húmeda al cerrar la puerta. En la ducha, toda yo me deshago bajo el agua y lloro por los abrazos que no he dado, por la confianza perdida, por las oportunidades pasadas. Lloro por todo lo que he hecho y todo lo que dejé de hacer, por mis mentiras y, sobre todo, por mis verdades.

Al salir, me contemplo en el espejo y mi cara es un poema, ya que tengo la nariz hinchada y los ojos rojos. Ni con un maquillaje a lo Kardashian disimulo la llorera. Decido alargar todo lo que puedo mi encierro, así que me seco el pelo a conciencia y luego me paso la plancha. Abro YouTube y practico peinados que sé que no se parecerán al de la youtubera de turno. Me pinto las uñas y espero sin prisa a que se sequen, perdiendo más de una hora de mi vida haciendo nada.

Cuando escucho la voz de mi madre, salgo del baño y la sala de estar se ha transformado en el camarote de los hermanos Marx. Solo ella es capaz de retocarse el rojo de labios, arreglarse el pelo

y cambiar tres veces de zapatos con el teléfono pegado a la oreja. Si eso no es un don, que baje Dios y lo vea. Por su parte, mi padre le sigue los pasos como pollo sin cabeza dándole toques a su reloj de muñeca mientras hace aspavientos que a mi madre le resbalan. Me hacen reír. Reír de verdad. Una risa sana, sin locura. Tal y como solía reírme antes. Una sensación maravillosa que me envuelve mientras salimos de casa.

Nota mental: «Ana, tienes razón: la risa es terapéutica. Me apuntaré a un taller de risoterapia».

El buen rollo va diluyéndose a la misma velocidad que dejamos atrás las luces de la ciudad. Mi padre vive en la puntualidad, y eso quiere decir que a las citas hay que llegar con quince minutos de antelación; si no es así, se llega tarde. Y nosotros ya vamos con veinte minutos de retraso para un reloj normal. Mi madre ha dejado de hablar por teléfono y ahora teclea mensajes a una velocidad que envidiarían los adolescentes. Acortamos camino por la zona más estrecha y pedregosa. Cualquiera que pase por ahí por primera vez lo haría acojonado. Es una calle estrecha, apenas iluminada, sin asfaltar y con un barranco amenazante por si quieres abarcar más espacio del que te corresponde. Me encanta este lugar.

La finca destaca entre la oscuridad absoluta que la rodea con sus luces de colores. Son las luces de la abuela, y sirven tanto para un roto como para un descosido. Al llegar, el tío Ramón nos espera para indicarnos dónde aparcar, algo que remata el mal humor de mi padre y sus comentarios de «Debimos salir antes», «Así no se puede», «Somos los últimos en llegar», «Se me cae la cara de la vergüenza». No le hacemos el menor caso. Las dos sabemos que en cuanto entremos se le quitará el enfado.

Como es de esperar, la tía ha pasado el día trabajando para tenerlo todo preparado. La alargada sala de estar, decorada con los mismos motivos navideños año tras año, tiene las mesas colocadas en forma de U. El organigrama también es el mismo: a la izquierda,

los tres hermanos mayores con sus primeras o segundas mujeres; luego mi madre, con su hermana favorita, y le siguen Enrique, el maridísimo, y su hija Tania, con su chico. No tengo claro si es el mismo que se trajo hace dos años.

Sin duda, la mejor mesa es la satélite, colocada junto a la habitación de los abuelos, la primera a la que sirven y la que suele tener un menú menos elaborado y más apetecible: la mesa de los niños; aunque cada vez lo son menos. De hecho, algunos de ellos han crecido y me cuesta reconocerlos.

Mi madre me engancha por el brazo y se empeña en llevarme a saludar a toda la familia individualmente. «Estás muy guapa». «Cada día te pareces más a tu padre». «Fue una pena que no vinieses el año pasado». «¿Ya te has echado un novio o una novia? Que, con las modernidades, no se sabe...».

Inspiro, espiro, inspiro, espiro.

«Gracias por los cumplidos, tú también estás muy guapa, tía Lourdes». «Sí, mi padre involuciona a joven, y yo, a prejubilada». «El año pasado me surgieron contratiempos a última hora». «Sí, mi generación ha inventado esa cosa moderna de la homosexualidad». Todo esto aguantando estoicamente los huesudos dedos de mi madre clavándose en mi brazo.

De menú: entrantes típicos, aunque llevados al siguiente nivel, ya que las croquetas de la abuela no son de este mundo, y un primero en forma de crema de espárragos que ayuda a combatir el frío, al que le sigue un solomillo Wellington que se deshace solo en la boca. Hasta ahora no me doy cuenta de lo poco y mal que he comido en los últimos tiempos. El postre se lleva la palma: confitura de naranja con chocolate negro.

Si la fiesta terminara aquí, sería perfecta. Sin embargo, cuando algo llega a su punto álgido, lo único que queda es caer. En picado.

Mis tíos se empeñan en un juego de mesa donde el as de oros es un asesino, el as de basto es cómplice, el rey de espadas es el

detective y el resto son víctimas. No hay nada que despierte más los bajos instintos de esta familia que perder. Enfrascados en sus trampas habituales, y en sus complots, aprovecho y me escabullo a la terraza. Cuando el aire frío de la zona de medianías me golpea en la cara, agradezco el ridículo jersey navideño de mi madre.

—Bonitas vistas, ¿verdad?

—¡Joder, menudo susto! —El novio de Tania avanza unos pasos hasta colocarse en la zona más iluminada de la terraza—. ¿Qué haces ahí escondido?

—Justo eso: esconderme. —Abre la mano derecha y deja a la vista un váper—. No quiero que me caiga la chapa típica sobre lo malísimo que es este vicio. —Da una fuerte calada y expulsa por la boca una nube de olor a madera y café—. Eres Elisa, la hija de Lourdes y Vega, ¿no? —Le respondo levantando los hombros—. Soy Diego —me dice antes de darme dos sonoros y húmedos besos en la cara.

Saber su nombre no me saca de dudas.

—¿Ya nos conocíamos? —le pregunto de forma directa.

—Te he visto varias veces. —Me incomoda la forma en la que sus ojos recorren mi cuerpo—. ¿Quieres? —me ofrece, acercándose el váper.

—No, es asqueroso.

—Cierto. —Da otra larga calada y suelta el aire con lentitud—. Pero peores cosas nos hemos metido en la boca. —Suelta una risita y vuelve a fumar—. ¿Verdad?

Su comentario, el tono, la forma en la que me mira, me acojona... ¿Lo sabe? Un escalofrío me estremece el cuerpo. ¿Es él quien me ha enviado los mensajes? ¿Es él quien me ha citado esta noche?

Me encojo de hombros de nuevo mientras intento aparentar que su comentario no me revuelve el estómago. No sé si sentir lástima o asco por mi prima. Hay que estar muy desesperada para compartir vida con un ser como este. O ser tan asquerosa como él.

La llamada de mi padre me proporciona una excusa para salir de la terraza sin mirar atrás. El tío Enrique, la tía Soledad y Ancor se marchan porque mañana mi primo se juega el posicionamiento en la tabla de su equipo de fútbol infantil. Todos los presentes miran a ese niño de pelo rizado, rubio y pecoso como si estuvieran ante la próxima promesa del Real Madrid. Con su despedida, también obtengo la posibilidad de escapar de la cena, y le pregunto a mi tía Sole si puedo sumarme a ellos.

—Claro que puedes ir con nosotros, cariño. Nos pillas de paso.

A mi madre no le hace la menor gracia, y a mi padre tampoco, pero, si voy con ellos, ¿qué pueden objetar?

En la despedida, me dan muchos abrazos, besos y buenos deseos para las fiestas que se acercan. Más tarde, estoy abrochándome el cinturón de seguridad del híbrido enchufable de mi tía. Como no puede ser de otra forma, mi padre nos ha acompañado, y aprovechando un descuido, me suelta que no olvide lo de mañana al mediodía. No se imagina lo que me gustaría poder olvidarlo.

Al menos, mi tía no se empeña en darme conversación, solo le basta su lista de reproducción de *jazz* para hacer cómodo el trayecto. A Enrique y a su hijo los entretiene más el móvil. ¿No es demasiado pequeño para tener un iPhone Pro de última generación? ¿Seré yo demasiado mayor? Debe ser un sacrilegio sentirse mayor con veinte años, pero es así como me siento. Cierro los ojos y trato de no pensar en lo que me toca hacer, hasta que el coche se detiene frente a la puerta de mi casa.

—Buenas noches, Eli. Que descanses. Nos vemos la próxima semana.

—Nos vemos, tía Sole. Chicos, hasta la próxima —me despido con una fingida naturalidad.

El pequeñajo levanta la mirada del móvil, pero no abre la boca. Enrique se despide guiñándome un ojo y tras eso se van.

Agradezco que no sean de esas personas que esperan hasta que atraviesas la puerta.

En cuanto los pierdo de vista, me pongo en movimiento. Bajo la calle que me lleva al centro con pasos rápidos, para darme cuenta, justo a la mitad, de que debí elegir el recorrido que bordea el ayuntamiento, porque esa noche el pueblo quiere disfrutar del concierto en la plaza. Me gusta que haya ambiente festivo, aun así, en este momento me jode la vida. Necesito pasar desapercibida, y es complicado cuando tropiezas a cada paso que das.

Nota mental: «Piensa en una buena excusa para cuando mañana te pidan explicaciones».

Me suelto el pelo, lo dejo caer a ambos lados de la cara a modo de cortina en un intento de que no me reconozcan y avanzo a paso de procesión con la mano en el pecho como una buena creyente. En mi mente se crean decenas de futuros alternativos en los que me roban o se me cae al suelo el contenido del sobre alargado, todo el mundo lo ve, y mi vida se acaba.

Inspiro, espiro, inspiro, espiro.

Por suerte, la marea humana está concentrada en la zona superior, y a medida que me alejo solo tropiezo con grupos reducidos. Durante un segundo, creo que alguien me ha reconocido y pronuncia mi nombre. Aprieto el paso y agacho aún más la cabeza. No insisten.

Faltan dos minutos para las doce cuando llego a la entrada oeste del parque. Atrás ha quedado el bullicio, y ahora todo es oscuridad y ecos de canciones de los ochenta. No estoy nerviosa. Contra todo pronóstico, la ansiedad y las emociones negativas me han abandonado. Solo siento la sangre caliente en la piel impulsada por los fuertes latidos de un corazón que no reconozco como propio. Bendita adrenalina.

Acaricio la piedra gris hasta encontrar el saliente. Es curioso... Recordaba esa imperfección mucho más grande. La última vez que

trepé por esa pared, el tamaño de mi pie cabía en una playera del treinta y dos, y ahora llevo botines del cuarenta. Consigo alzarme y llegar al borde del muro. Me cuesta horrores mantener el equilibrio para coger impulso. Logro apoyar los codos y desde ahí me ayudo para que el resto de mi cuerpo también suba, y termino sentada con las piernas colgando hacia el interior. Miro, verificando que la distancia hasta el suelo debe ser de tres metros. ¿Cómo es que antes no me asustaba romperme una pierna en la caída?

A la de una..., a la de dos..., a la de... dos y medio. ¡Joder, es que impresiona! ¿Y si aterrizo mal y me doy una hostia contra las piedras? La adrenalina comienza a hacerse colega del sentido común y ambas me gritan que me pise de aquí, que no es necesaria esta puesta en escena, que mañana mi padre sabrá cómo hacer las cosas que no controlo. Sin embargo, la culpa no necesita hablar: me saca la patita y yo salto.

Me quejaría, me quejaría a gritos, pero no tengo tiempo para eso, porque me vibra el teléfono. Lo cojo y en la pantalla se abre una ubicación que conozco. Es la fuente a la altura media del parque. Avanzo despacio. La luz que llega de la calle me deja medio camino a oscuras, no obstante, es suficiente para llegar a mi destino.

La fuente está en funcionamiento, por lo que el borde se encuentra mojado a causa de las gotas que salpican. No sé si debo permanecer de pie. No sé qué tengo que hacer. Miro a mi alrededor, después el móvil y de nuevo en derredor. Escucho diferentes voces en la parte exterior. Parece que muchos han dado por terminado el concierto y vuelven a casa.

También escucho algo más. Son pasos. Pasos que se acercan. Me llevo una mano al pecho para comprobar una vez más que llevo el sobre. También para asegurarme de que el corazón sigue en su sitio y no me lo he tragado.

Veó la imagen acercarse. Al principio, solo es una sombra alargada y puntiaguda, como las torres de la iglesia del fondo, que camina despacio, que viene directamente hacia mí.

Inspiro, espiro, inspiro, espiro.

Solo espero que esto sea rápido. Cierro los ojos, como cuando era niña y creía que, si no veía, el mundo desaparecería. Saco el sobre y lo coloco en el borde de la fuente. Los pasos están cerca.

Inspiro, espiro, inspiro, espiro.

Los pasos se detienen a mi lado y escucho mi nombre con una entonación interrogativa. No era así como imaginaba este momento. Abro los ojos. Nos vemos, y se me pasa el miedo. El alivio me invade y me transforma los músculos en gelatina.

Quiero reírme, o al menos sonreír como lo haces tú, pero no llego a hacerlo porque te giras y puedo verte toda la cara. No es una sonrisa, sino una mueca que cruza tu cara.

Vas a matarme. Me lo dicen tus ojos huecos. Me lo dicen tus dientes.

Ni siquiera me das la oportunidad de intentar salir de aquí.

Con el primer paso, siento un golpe por encima de la oreja que me deja confundida. Giro sobre mis talones, creo que avanzo, aunque no estoy segura. El siguiente golpe duele más, es el que más duele de los cinco, y quiero marcharme. Tengo que irme de aquí. No sé si podré volver a saltar el muro. No, claro que no puedo. Tal vez, si llego a la puerta principal, logre pedir ayuda a través de las rejas. Tal vez...

Nada.

Caigo al suelo reclamada por una violenta gravedad. Trato de volver a ponerme de pie, o al menos gatear o arrastrarme, cualquier cosa que me acerque a la puerta. No puedo, el cuerpo no me hace caso. Le digo que se levante, y lo que hace es convulsionar.

Cuando te acercas para mirarme, una pequeña parte de mí alberga la esperanza de que hayas entrado en razón. Te prometería que no le diré nada a nadie si llamas a una ambulancia, pero de mi boca solo salen gorgoteos debido a un líquido caliente de sabor ferroso.

El aire se convierte en el bien máspreciado que tengo. Ya no me importa el dinero ni la vergüenza ni *él*. Ahora solo quiero volver a casa, con mis padres, tumbarme entre ellos y que me quiten este frío interno que siento. Tengo el estómago helado, los pulmones y el corazón.

Estoy tan helada como tus ojos. ¿Para qué te acercas tanto? ¿Te vas? ¿Vas a buscar ayuda? No, claro que no. Solo quieres asegurarte de si sigo respirando.

Sigo escuchando voces cerca. Veo las sombras de grupos de personas que ríen mientras yo me esfuerzo en continuar respirando. Solo si alguno de ellos girara la cabeza hacia un lateral de la fuente, podría ver ese bulto que va perdiendo la humanidad por segundos.

Lo siento, papá, voy a llegar tarde mañana.

Mamá, elegir este horrible jersey navideño ha sido una gran idea.

Lo siento. Siento todas mis ausencias. Si ocurriese un milagro, todo sería diferente. Abuela, ya no recuerdo cómo se rezaba, aunque tampoco creo que sirviera de mucho; voy de cabeza al infierno. Bueno, allí no sentiré este frío paralizante. Ana, ¿recuerdas que en la última sesión hablamos de que me saldría más a cuenta bonos de tres sesiones? Pues creo que me sobrarán dos. Pero, mira, ha funcionado, ya entiendo que nadie muere de amor.

Hace una noche preciosa para morir. ¿De verdad voy a morir? No quiero morir, así no. Me queda mucho por hacer... Cierro los ojos solo para ver si se me alivia la presión en la cabeza.

Inspiro, espiro, inspiro, espiro.

Ya no puedo abrir los ojos, o los tengo abiertos y todo se ha vuelto negro.

Inspiro, espiro, inspiro...

Expiro.



Lourdes

—¡Esto es una pesadilla! —Me dejo caer sobre la silla y me llevo las manos a la cabeza.

Vega está haciendo el café, siempre tan impertérrito. No entiendo cómo puede mantener la calma cuando el día ha amanecido así.

—¿Quieres leche o lo prefieres solo?

—¡No quiero café! —Me pongo de pie y voy hacia la ventana, otra vez. Como si mirando al cielo encontrara la solución.

—Por favor, cálmate. Estás haciendo un mundo de nada. Todavía es temprano, deja que pasen un par de horas.

—Esto es una maldita pesadilla.

Vega suelta uno de sus resoplidos quejumbrosos que me saca de quicio.

—¿Has mirado el móvil?

Giro el teléfono y la pantalla se enciende mostrando la foto que Elisa y yo nos tomamos en el templo de Deboh el verano pasado.

Esta vez soy yo quien resopla. Vega coloca frente a mí una taza de café espumoso en el que ha hecho un mal dibujo de un sol.

—Silencio por respuesta —mascullo mientras hago hincapié en la ausencia de notificaciones, acercándole el teléfono a la cara.

—Pues ya sabes: *no news, good news*.

Algunos días me gustaría matar a mi marido.

Me tomo el café como quien se toma un vaso de agua y vuelvo a asomarme a la ventana esperando el milagro.

—Tengo que llamar a Adolfo. —Lo digo en voz alta, aunque en realidad era algo para mí.

—Claro, porque Adolfo tiene una varita mágica, ¿verdad?

Decido salir de la cocina, porque si la conversación sigue por esos derroteros, terminaremos en una discusión, y no me caben más nervios en el cuerpo. Además, no quiero despertar a Elisa.

Me doy una ducha de agua bien caliente y trato de no darle tantas vueltas al marrón que se vislumbra. Mientras me cepillo los dientes frente al espejo semiempañado del cuarto de baño, veo las consecuencias de estos últimos días reflejadas. Tengo cara de cansada, las ojeras se me marcan más de lo habitual y las arrugas junto a mis ojos se extienden hasta el infinito. Parece mentira que viviendo la mejor etapa de mi vida proyecte la peor imagen. ¿Soy la mujer del espejo, o soy la que vive bajo la piel?

Suelto el aire con fuerza por la nariz. Seguro que las chicas pueden hacer su magia y logro el equilibrio.

Decido ponerme ropa cómoda y hacer todas las gestiones con deportivas. Quiero que se note que no he cambiado, que sigo siendo la Lourdes que subía las pendientes del pueblo cargada con las bolsas del Mercadona.

Vega está en el salón parapetado tras su portátil.

—¿Puedes traer chino para comer? —me pregunta sin apartar la mirada de la pantalla.

—No, no puedo. Te dije que hoy no comería en casa. Tengo peluquería y luego manicura. Picaré algo con mi hermana. Quiero estar presente en la plaza cuando empiecen con el sonido. Llegaré con el tiempo justo para cambiarme y volver al ayuntamiento a las siete.

—Ya..., se me olvidaba que tengo que pedir cita en tu apretada agenda para poder tener un almuerzo en familia.

—No me fastidies, Vega. Te lo conté.

—No, no lo hiciste. —El tono de mi marido se vuelve acera-do—. Como de costumbre.

—Tengamos la fiesta en paz, ¿de acuerdo? —Busco las llaves del coche dentro del bolso—. Dile a Elisa que la esperamos en la cafetería Las Flores sobre las dos.

Vega mueve la cabeza de lado a lado, negando.

—Acabo de decirte que vamos a tener un almuerzo en familia.

Mi marido no es de los que meten el dedo en la llaga, sino de los que te hacen la herida, hurgan en ella y te destripan.

—Pues espero que te siente de maravilla el rollito de primavera.

No encuentro las jodidas llaves. Termino por vaciar el contenido del bolso sobre la mesa solo para constatar que ahí no están. Vega aparta la vista del ordenador y me mira. Sé que esto le divierte. Voy a la cocina, luego al baño, a nuestra habitación, y ni rastro de ellas. Empiezo a desesperarme. No puedo permitirme llegar tarde a la peluquería e ir acumulando retrasos en el resto de la planificación.

Se me enciende la bombilla y recuerdo que Elisa fue la última en usar mi coche. Tal vez, al llegar no las colocó en su sitio. Me dirijo a su habitación, y cuando no he subido más de dos escalones, lo escucho. El sonido del desastre: cientos, miles de gotas se estrellan contra la claraboya que da luz en las escaleras interiores, confirmando mis peores temores. Se avecina el invierno más seco de la última década, y viene a caer la tormenta del año justo en este día tan importante para mí.

Vuelvo sobre mis pasos y me siento en el sofá. Ya no tengo prisa alguna. Mis planes, mi trabajo, la ilusión de todo el equipo, todo por lo que hemos estado trabajando contra reloj las últimas semanas, se ha licuado y se escurre por las alcantarillas de la ciudad.

Vega se agacha frente a mí y me da un beso en la frente.

—Las llaves estaban dentro de la nevera. Cualquier día dejas olvidada la cabeza.

—Puedes dejarlas donde las has encontrado. Me vuelvo a la cama. Llámame cuando llegue agosto.

Vega ríe como si hubiese escuchado algo gracioso.

—Todo saldrá bien. Mira —pronuncia con voz dulce, acercando su teléfono a mi cara.

Yo, que llevo años echándole un pulso a la presbicia, me encuentro con un borrón en color azul con destellos blancos. Mi cara debe ser un poema porque Vega sonríe, y acto seguido la voz mecánica de Google explica que en una hora la nube negra continuará su camino hacia el oeste y que la noche será fresca, pero no tanto como para que los vecinos prefieran sesión de manta y peli. Las predicciones meteorológicas me inspiran tanta confianza como el horóscopo. Es por eso por lo que las creo solo cuando me gusta lo que dicen. Un diez por ciento de probabilidad de lluvia a partir de las doce del mediodía es una cifra maravillosa.

Me recompongo del pequeño naufragio y me despido de Vega, que ya ha vuelto a esconderse detrás de la pantalla, aunque se asoma lo justo para desearme suerte cuando estoy saliendo de casa. Algunas veces me comería a besos a mi marido. Solo algunas veces y a pequeñas dosis.

En la Isla, la lluvia es sinónimo de caos, de tráfico lento. Molesta ir por la calle abarcando espacio con los paraguas, incomodan los charcos que se forman entre los adoquines, se cala la humedad en los huesos y se camina cabizbajo. Podría utilizar mi posición pri-

vilegiada y aparcar en las plazas reservadas al consistorio, sin embargo, decido hacerlo junto a la ermita y andar hasta la peluquería.

Una mala decisión.

A la altura de la puerta oeste del parque, el cielo se ilumina, para romperse unos segundos más tarde en forma de trueno y lluvia furiosa. Avanzar se convierte en una odisea. Ya llevo los pies empapados y la brisa fría impide que el paraguas haga de refugio. Me siento derrotada por la maldita lluvia, aunque intento que no se me note. El partido me puso un *coach* para aprender a mantener una expresión neutra a la vez que cercana en mis apariciones públicas. Creí que no sacaría provecho de las sesiones, pero aquí estoy, sentada frente a un enorme espejo cuadrado con una iluminación fría mientras dos chicas se esfuerzan en maquillarme para que su saber hacer se note sin verse, y ninguna de ellas sospecha que tengo el corazón en un puño.

El encendido de luces de la ciudad es el acto que da el pistoletazo de salida a la campaña navideña, y este año será el primero de mi legislatura. Todo tiene que funcionar con la precisión de un reloj suizo porque me la juego. Esto no es cine, no hay un «Corten y a primera». Esto es puro teatro. La improvisación no cabe en escena.

Una de las chicas, la pelirroja que se encarga de la manicura, lleva los brazos cubiertos de tatuajes y se presenta como Alicia. Además, me explica que fue compañera de Elisa durante los dos últimos años de instituto. No consigo ubicarla entre el rostro de las amigas de mi hija, por lo que estoy segura de que no mantuvieron un contacto cercano. Me pregunta por ella, y yo le respondo de forma mecánica que está estupendamente. Añade con un entusiasmo que no me parece fingido que se alegra de que haya venido a pasar las fiestas en la Isla y que la vio la noche anterior por la calle San José en dirección al parque.

Lo que dice Alicia es imposible. Cuando Vega y yo llegamos a casa, Elisa ya estaba dormida.

Una cosa lleva a la otra y pasa más de quince minutos relatando las aventuras y desventuras de su pandilla. No entiendo el tono de orgullo con el que cuenta que se colaban en el parque municipal para beber cerveza y otras cosas en las que estoy segurísima de que mi hija no ha participado.

Se me hacen largas las casi dos horas en las que tengo que permanecer sentada. El resultado me encanta: han sabido dejarme natural y borrar todo el cansancio acumulado.

En cuanto salgo, me hago uno de esos estúpidos selfis y lo envío al grupo de la familia. La primera en responder es mi hermana, que dice que han hecho un gran trabajo conmigo, que parezco tan joven como ella, y me mete prisa. Lleva un cuarto de hora esperándome.

El cielo está grisáceo, pero no llueve. ¡Bien por Google y su pronóstico! Llego en menos de dos minutos a la cafetería en la que me espera mi hermana. Ha pedido una pulguita de calabacín para cada una, junto con dos enormes tazas de café con chocolate espolvoreado. Siempre hace lo mismo: pide a su voluntad y siempre acierta. Se me abre el apetito en cuanto me siento a su lado.

Además, tiene el don de hablar de cosas mundanas y terrenales de una manera que es imposible no reírse. Me cuenta, a mí y a media cafetería, que su hijo los ha pillado follando en la ducha y cómo, lejos de escandalizarse, se quedó observando la escena.

—Te juro que parecía que iba a aplaudir y todo —me dice con tono divertido.

—Acabas de crearle un trauma de por vida y te quedas tan tranquila. —Le doy un sorbo largo al café.

—No, qué va, el niño se ha quedado ahí como si nada. Después estaba tan normal comiéndose sus cereales.

—Tu hijo es un enfermo mental, como tú —sentencio.

Estalla en una carcajada limpia y sonora, luego cambia de tema y me propone organizar un amigo invisible para la noche de Reyes. Con el lío que llevo encima, no puedo estar perdiendo tiempo en

cuadrar agendas entre hermanos, sobrinos y demás. Ella se ofrece a organizarlo todo, y en menos de cinco minutos ya tiene el sí en el chat de la familia. Excepto el de Elisa y Vega. Conociéndolos, habrán comido cerdo agri dulce y arroz hasta hartarse y ahora estarán dormitando en el sofá con un documental de La Dos de fondo.

Me despido dos cafés más tarde y voy directa a la plaza del ayuntamiento. Al primero que veo es a Adolfo, quien ya se ha puesto su camisa blanca ajustada y sus vaqueros azules. Me recibe con una sonrisa y se acerca para darme dos besos. Huele de maravilla, a madera y canela. Huele a él. Me indica con la barbilla que los chicos están listos para una prueba de sonido. Me acerco, me dan datos técnicos que no entiendo y, micro en mano, empiezo a imitar a una cantante de orquesta:

—Sí, hola, probando, probando...

Se hace un encendido por tramos de comprobación y, contra todo pronóstico, va como la seda. La Policía local está avisada para que retiren las vallas quince minutos antes del discurso mientras el encargado de mantenimiento abrirá las puertas.

Lo del parque será una maravilla. Me encantaría ver la cara de la gente cuando se ilumine. Una lástima que desde la plaza no pueda. Cuarenta y cinco años viviendo en esta ciudad y nunca había visto algo como lo de esta noche. El árbol de luces más grande de la Isla se yergue imponente, más de un millón de pequeños leds de color rojo, azul, dorado y plata recorren cada espacio significativo de la zona, y además se han colocado adornos enormes por su paseo. El inmenso túnel en el que los vecinos podrán adentrarse y una bola navideña de un rojo vibrante era algo que no me gustaba, pero confieso que ahora me parecen de lo mejor.

La idea es competir cara a cara con la capital, que a nuestra ciudad se la deje de ver como una ciudad dormitorio y que atraigamos al turismo. Queremos que se hable de nosotros. También

esperamos convertirnos en el lugar más fotografiado y compartido por redes. Toda publicidad es poca.

Superviso los últimos flecos, y una vez que lo doy todo por controlado, regreso a casa. Dispongo de tiempo de sobra, ya que faltan tres horas para que tenga que volver a bajar, así que podré disfrutar de un rato en familia. Les leeré el discurso, y seguro que Vega querrá puntualizar algo y Elisa se pondrá de su parte.

Subo las escaleras y abro con cuidado para no despertarlos. No obstante, lo que me encuentro no tiene nada que ver con lo que esperaba.

Vega está en el sofá, sentado detrás de dos platos de comida. Uno está vacío, el otro parece que no lo han tocado. Estoy a punto de abrir la boca para decirle que no tengo hambre, pero me detengo. Su cara no parece de invitación a comida china.

—¿Qué pasa? —pregunto extrañada al ver la cara de mi marido.

—Elisa no está. —Señala el plato vacío.

—¿No está en casa? ¿Ha salido?

—No, ven. —Se pone de pie y me hace señas para que lo siga hasta la habitación improvisada de nuestra hija. Abre la puerta y me enseña el dormitorio con la mano—. No está.

El colchón se encuentra completamente deshinchado y convertido en una fina lámina negra sobre el suelo, la ventana tiene la persiana subida, sobre la silla está su mochila amarilla y el pequeño neceser azul de maquillaje, su chaqueta negra de piel cuelga del respaldo, el cargador del móvil sigue enchufado, colgando de un lado de la mesa de noche, y sus gastados zapatos deportivos rojos están debajo de la mesa del ordenador.

—Bueno, habrá salido —digo con una fingida tranquilidad.

—¿Sin eso? —Vega señala una esquina plateada que sobresale del bolsillo de la chaqueta.

Lo reconozco enseguida: es su móvil. Es su apéndice, es una extensión de ella misma. Me aproximo para cogerlo y veo que le

queda menos de un cinco por ciento de batería. En la pantalla se agrupan docenas de notificaciones y wasaps de un tal Danilo. Solo puedo leer unas pocas líneas. En unos pide perdón, en otros exige una respuesta. En el último, le dice a Elisa que le devuelva el dinero que le ha ingresado. ¿Quién es ese tal Danilo?

Vega me mira lleno de preguntas.

Miro a Vega llena de preguntas.

—¿Has hablado con ella esta mañana?

Sé la respuesta antes de que la pronuncie:

—No.

—Pero ¿la has visto antes de que se fuera? —Reformulo la pregunta porque mi marido parece no entender adónde quiero llegar.

—Yo no he visto a Elisa desde que se fue de la cena anoche.

Trago una enorme bola de saliva que parece hecha de clavos oxidados.

—Vale, no nos pongamos en lo peor. Debe haber salido con las chicas. Puede que se fuera temprano y por eso se ha olvidado el móvil. —Mi voz no suena nada convincente.

—¿Sin avisarnos? —La incredulidad en su voz es evidente.

—Si tú no la has visto salir y has estado en casa todo el día, es que ha salido antes de que nos despertáramos. Puede que haya ido de senderismo con esa chica..., ¿cómo se llama...? ¡Raquel! Es la que vive en El Bosque, la que tiene dos niños. Sé que hablan de vez en cuando, y a las dos les gustan las rutas por esa zona.

Vega asiente.

—Tiene los zapatos de deporte ahí. —Señala hacia el suelo.

—¡Ya sé que ahí tiene *unas* de sus deportivas! Seguro que ha traído más en su mochila.

Vega se lleva las manos a la cabeza.

—Yo salí a buscar la comida. No tardé más de quince minutos.

—¡Pues ya está! Se marchó cuando tú estabas fuera.

Vega asiente de nuevo. Y yo creo que está dándome la razón como a un niño pequeño, ya que actúa con gestos que no tienen sentido. O tal vez sea yo la que está actuando sin sentido, porque está claro que Elisa no se ha escondido en el armario. Es absurdo que la busque ahí. Pero lo hago.

—Me había prometido que hoy nos sentaríamos a hablar —comenta Vega.

—¿A hablar? ¿Sobre qué queríais hablar?

—De ella, Lourdes, de ella. No sé si estás ciega o te haces la tonta, porque vaya a ser que algo requiera un poco de tu atención. —Se lleva las manos a la cabeza y comienza a andar con pasos largos hasta la terraza. Lo sigo. Abre la puerta con brusquedad y coge una bocanada de aire enorme. Y otra. Y luego otra—. No sé a quién te crees que recogí en el aeropuerto hace dos días, pero tengo claro que aquella no era mi hija. Era otra. ¿No te fijaste en sus ojeras? ¿Y en sus ojos rojos? ¡Si parecía un jodido cadáver andante! Ayer llegó empapada de pies a cabeza. Se había metido en el mar, ¡vestida! ¿Quién en su sano juicio hace eso? Desde luego, mi hija no.

—Bueno, tampoco es que sea algo tan grave. —Frunzo los labios para evitar gritarle que es un maldito neurótico.

Bufa y vuelve a llevarse las manos a la cabeza.

—Claro que no es grave. No lo es cuando estás borracho o cuando estás de fiesta con tus amigos, pero la pillé al vuelo y sé que mentía. Lourdes, cuando lo haces solo, es que algo no va bien.

—No creo que sea para tanto. Puede que esté un poco agobiada con los exámenes. Ya sabes que es muy exigente. O puede que haya suspendido y no se atreva a decírnoslo. —Pongo las manos en su pecho en un intento de transmitirle calma.

—¿Recuerdas a Katerina? La compañera de piso de Elisa, la que estudiaba y trabajaba.

—Sí, claro.

—La he llamado esta tarde. Hace seis meses que Elisa no vive con ella.

Trago saliva con tanta fuerza que estoy segura de que Vega se ha dado cuenta.

—¿Qué? ¿Cómo...? ¿Por qué tienes el número de teléfono de esa chica?

A mi marido se le marcan las venas del cuello. Cierra con fuerza las manos y los nudillos se le tornan blanquecinos.

—¡Me cago en todo, Lourdes!, ¿tú me estás escuchando? ¿Dónde mierda estás?

Ahora estoy en el final de un camino. Un camino que hace solo media hora antes era apacible y unidireccional, y que de forma abrupta termina en otros senderos y tengo que elegir si seguir avanzando por uno en el que Elisa está ocultándonos cosas serias, otro en el que no sé dónde está mi hija y otro que parece la entrada al mismísimo infierno. No quiero entender nada, no quiero seguir una línea lógica de pensamiento. Me importa una mierda que dos y dos sumen cuatro. Para mí son cinco. Aquí no hay lógica plausible.

Mi hija ha salido. Mi hija nos escuchó esta mañana. Mi hija sabía que su padre iba a irse a por la comida y esperó paciente a que se fuera. Mi hija está hasta el coño de las directrices de su padre. Mi hija no quería dar explicaciones porque ya es mayor de edad y está harta de que su padre la trate como a una cría. Mi hija está en la plaza.

Mañana estaremos riéndonos los tres en la cocina, y las dos llamaremos paranoico a Vega y yo me enfadaré. Me enfadaré mucho con mi marido y un poco con Elisa. Por alarmistas, por crearme esta desazón en el cuerpo. Por haberme obligado a sentir durante medio segundo el miedo más grande de una madre, que no es otro que perder a un hijo.

Al final, establecemos un plan de búsqueda. Vega irá a la zona de la montaña, yo volveré al centro y daré aviso a la Policía local,

a pesar de que le prometí no hacerlo aún. Bajamos juntos, y una vez en la calle nos damos un abrazo sin pensar. Siento su cuerpo desesperado; imagino que él también el mío.

Aprovecho el trayecto para llamar a mi hermana y contarle lo que está sucediendo. En realidad, no lo hago para que me ayude a buscar a Elisa, sino para que me calme con su sentido común. Me dice que me tranquilice, que seguro que está aprovechando el tiempo tomando unas cervezas con los amigos, y cuelgo convencida de que al doblar la esquina encontraré a mi hija sentada en la terraza del Heineken.

Mi hija no bebe.

Mi hija no está en la terraza. Nadie ha visto a mi hija.

Camino tan rápido en dirección a los policías que están de pie junto a las vallas que parece que corro, aunque todo lo que se mueve a mi alrededor lo hace a cámara lenta.

Me ofrecen ayuda porque es su trabajo, porque quieren ayudarme, y me aseguran que a Elisa no le ha pasado nada, sin embargo, nadie la encuentra. Y el tiempo avanza. Llamo a Vega y me confirma que Raquel no la ha visto, que ni siquiera sabía que estaba en la Isla y que hace casi dos años que no sabe nada de ella.

Adolfo me trae una tila, me lleva hasta la zona trasera del escenario y me obliga a sentarme sobre una caja metálica.

—Tómatela, te sentará bien. —Asiento con la cabeza—. No te preocupes, tu hija está bien.

Él no sabe que sus palabras contienen una negación imposible y una afirmación increíble.

La infusión relajante se enfría. Los vecinos empiezan a llegar a la plaza. Mi móvil sigue sin sonar. Tengo la sensación de que estoy en un mal sueño y que, por mucho que lo intento, no consigo despertar.

Cuando la pareja de policías locales se acerca, me pongo de pie de un salto, pero antes de llegar a mi altura mueven la cabeza de lado a lado, negando. La primera ronda no ha dado frutos, aunque

no puedo desesperarme, ya que ahora van a ampliar el radio de búsqueda. ¿Por qué coño no lo han hecho antes?

Siento que estoy derrumbándome. Mis ojos ven mis pies firmes sobre el pavimento gris, sin embargo, yo siento que caigo. Voy a romper a llorar; aquí, delante de Adolfo en mitad de una plaza que cada vez está más llena, frente a un montón de pares de ojos que me observan extrañados.

¿Por qué me miran?

Me tiembla la mano.

No encuentro a mi hija. ¿Cómo quieren que esté?

Me tiembla la mano.

¿Por qué no me ayudan a buscarla?

Me tiembla la mano.

—Lourdes, tu teléfono.

¿A quién le importa ahora mismo mi teléfono?

La mano de Adolfo rebusca en el interior de mi bolso y luego lleva mi móvil a mi cara. Es entonces cuando reacciono. «¡Elisa! ¡Elisa! ¡Dios mío, que sea Elisa!». Pero no, es mi hermana. Descuelgo y la escucho:

—Lourdes, ¿me escuchas?

—Ajá. —La decepción al escuchar la voz de mi hermana no me permite añadir nada más.

—¿Recuerdas a Lorena?

No estoy para pensar en quién es Lorena en este momento.

—No —le respondo, conteniendo una palabrota.

—La conoces seguro. Es la chica de la tienda de fotos.

—Da igual quién sea. No puedo mantener la línea ocupada con esto. —Ahora mismo me gustaría abofetear a mi hermana, pero no puedo permitir que toda la gente que me mira se percate de lo que está pasando.

—¡Espera! ¡Que la ha visto! Estaba en la librería de Alejandro, con un chico. Charlaron un poco. Estaba comprando un libro para

leer en la playa. Se iba a Mogán con ese chico. Elisa está viviendo la vida loca con un maromo mientras tú movilizas a los SWAT.

—Gracias. Adiós.

Me deshago en lágrimas descontroladas al colgar. Adolfo pone su brazo sobre mis hombros y me dirige con suavidad hacia una zona más apartada.

—¿Todo bien, Lourdes? —me pregunta, con los ojos llenos de miedo.

No puedo responderle, sencillamente porque no puedo hablar, solo logro pronunciar sonidos inconexos, una especie de alivio silbante que se escapa entre mis dientes. Él me entiende y me abraza con tanta fuerza que vuelvo a sentir el suelo bajo los pies.

—Llama a Vega. Tiene que estar desesperado —me solicita y lo hago con urgencia.

—Dime que estás con Elisa. —Las palabras suplicantes de mi marido desbordan ansiedad.

—No. —Algo de cristal se estrella contra el suelo. Un vaso, o tal vez su esperanza—. Pero una amiga habló con ella. Se ha ido al sur con... otra amiga. —Prefiero no decirle por teléfono lo de la compañía masculina. Se pondría a dar voces como un histérico y no quiero que nadie de mi alrededor lo escuche.

—¿Y por qué no nos ha dicho nada? —inquire.

—Bueno, sabe que hoy es un día importante. Tal vez prefería no estar en medio de esta locura.

—Día importante para ti; yo estaba en casa muy tranquilo. —Lo dice con sutileza, pero ahí está su reproche.

—Lo importante, Vega, es que está bien. Está disfrutando de un día de playa. Seguro que antes de que comience el encendido estará por aquí.

Se hace un silencio en ambos lados de la línea.

—Seguro —dice—. Nos vemos en la plaza. Voy de camino.

Cuelgo. Respiro con fuerza. Sé que debería estar aliviada, pero me cuesta encontrar esa sensación en mi cuerpo.

Al final, me tomo esa tila fría que Adolfo se empeñaba en ofrecerme. Me sentaría mejor un Prozac, aunque no me atrevo a pedirlo.

Sobre el escenario, dan por terminada la prueba de sonido. Ya no me preocupa si los que esperan en la plaza escuchan bien. Solo quiero acabar con esto y volver a casa junto a mi hija.

Adolfo me hace ver que es la hora. Tengo que tomar una decisión. Me expongo ante todos o me escondo.

En realidad, sé lo que debo hacer.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo? Todos lo entenderíamos si te negaras. Si lo prefieres, puedo hacerme cargo. Me sé tu discurso de memoria.

—No, quiero hacerlo. Ahora más que nunca.

Él lo entiende y me ofrece su brazo para acompañarme hasta las escaleras traseras que conducen al escenario. Una vez arriba, me entrega el micrófono y se coloca a mi derecha.

—Bien, pues adelante.

Sonríó ante un montón de rostros conocidos que esperan expectantes mis palabras. Algún que otro se preguntará qué hace la alcaldesa vestida con un chándal y los ojos hinchados, pero eso ya no importa. Este es el momento por el que hemos dormido poco y mal, por el que hemos hecho llamadas y escuchado agravios, un proyecto colgado al que le hemos insuflado vida para que los vecinos y las vecinas de Arucas lo disfruten. Este es el resultado de la dedicación y de las ganas de mostrarle al resto de la Isla lo bonita que ha sido, es y será nuestra ciudad.

Después de mi discurso, los aplausos corren de punta a punta. Muchos aplausos.

Esa no fue la disertación que con tanto esmero escribió la chica de prensa para mí, aunque sí es más sincera. Adolfo también

aplaude y me sonrío. Vega y mi hermana, que acaban de llegar, vitorean desde la esquina.

Pulso el botón rojo y todo brilla.

Voces de asombro y más aplausos.

Adolfo se acerca y me da la enhorabuena. Miro a mi alrededor, deleitándome con los colores. ¡Qué bonito está todo! Mucho más que una noche estrellada.

El silencio.

Un tumulto.

Mi nombre sonando desde varias bocas diferentes, el nombre de Elisa, la cara de Vega y dos, tres, cuatro, cinco policías corriendo hacia mí.

Unos brazos que me impiden correr. Otra vez el nombre de Elisa, hablan de ella, pero no como persona. Se refieren a mi hija como cuerpo, como ser inerte. Como cadáver.

Un aullido profundo se forma en las entrañas que una vez le dieron la vida. Me oprime el corazón quitándole la razón de su latir, asciende por mi garganta empujando su nombre y se desparrama por mi boca y los oídos de los presentes.

Lloro como si estuviera desangrándome, a borbotones incontables.

Unas manos desconocidas me llevan de un lado a otro, impidiéndome llegar hasta Elisa. Impidiéndole a una madre darle el último abrazo a su hija. Negándome el derecho de seguir cuidando de ella, pasando por alto la necesidad de una hembra de tumbarse junto a su cría para darle el calor de su cuerpo.

Me impiden decirle a mi hija por última vez que ella es la razón de mi vida.

- 1.
- 2.
- 3.
- 4.
- 5.
- 6.
- 7.
- 8.
- 9.
- 10.
- 11.
- 12.
- 13.
- 14.
- 15.
- 16.
- 17.
- 18.
- 19.
- 20.
- 21.
- 22.
- 23.
- 24.
- 25.
- 26.
- 27.
- 28.
- 29.
- 30.
- 31.
- 32.
- 33.
- 34.
- 35.



Vega

Enterrarte o incinerarte.

Un padre jamás debería verse en la tesitura de elegir qué hacer con el cuerpo de un hijo. Es ir contra natura. Un desequilibrio del universo. Un cataclismo. Nadie está preparado para ver a la criatura que te daba la manita para dar sus primeros pasos sobre una mesa de acero. Tan hierática. Tan fría. Tan muerta. Es la peor imagen del mundo.

Soy el único que te mira, hija. Al resto parece incomodarles el color que tiene tu piel o tus labios grisáceos, como cuando pasabas horas dentro del agua los domingos de playa, o la hendidura en el lado de la cabeza que te han rapado.

Me han asegurado que no sufriste. Que fue instantáneo. Doy gracias al cielo por eso, cariño. No me perdonaría saber que necesitabas ayuda y yo no estuve a tu lado.

No sé si recuerdas nuestra última conversación. Estuve un poco cansino con el tema de que no parecías tú. Bien, pues tu padre se equivocaba. Supongo que cuesta asimilar que los hijos crecen, que cambian, que dejan de ser una parte nuestra. Ahora te veo y me pasa una cosa extraña: veo todas tus versiones a la vez. No te asustes, no estoy perdiendo la cabeza. Al menos de momento.

Te veo muerta y también sentada en la cocina de casa tomando café con la taza de Harry Potter entre las manos antes de llevarte al instituto. Te veo muerta y bajando del coche en la puerta del colegio con aquella mochila que era más grande que tu cuerpo. Te veo muerta y te veo llorando apoyada en mi hombro cuando el hijo de puta del chaval de las gafas te dejó por tu amiga Elena. Quise matarlos a los dos, aunque lo que te dije es que la vida continuaba y que lo superarías. Ahora no puedo decirte lo mismo porque, sí, la puñetera vida continúa, pero no para nosotros.

Te veo dentro de diez años convertida en la primera violinista de la Orquesta Sinfónica de Londres. Te veo presentándonos a tu chico y entrando en la iglesia de mi brazo. Te veo muerta y convertida en madre. Puedo ver incluso tu cara bonita en el rostro de mi nieto. Eso me hace sonreír.

Me cago en la puta vida, hija.

Ya sé que siempre te di la tabarra con lo de no soltar tacos, pero es que no puedo decirlo de otra manera. La vida debería darnos la alternativa de negociar a quién llevarse o a quién dejar.

O al menos podría ser más selectiva. ¿Sabes a cuántos *matados* hemos visto antes de llegar aquí? A cinco. Cinco personas que decidieron probar la mierda y quedarse en ella. Personas que tuvieron oportunidad de parar, de reintegrarse, de hacer algo con sus vidas y no lo hicieron. Sé que parezco un desalmado, pero comprende que ya no tengo alma.

Si estuviéramos en casa, sentados en el sofá, frente a la tele, estarías echándome una bronca. Me encanta cuando te pones reivin-

dicativa, me siento orgulloso de tus valores. Antes solía pensar que te pareces a mí, pero en realidad tú eres genuina. Eres el resultado mejorado de la unión de dos células de seres comunes. No te lo digo mucho, aunque nunca es tarde. Te lo diré cada día hasta que por fin muera y nos veamos de frente. Te prometo que será pronto.

—Vega. —Una mano se apoya en mi hombro—. Tenemos que irnos.

Una lejana voz femenina emite sonidos que no soy capaz de entender. La mano en mi hombro ejerce presión para moverme. Varias voces más pronuncian mi nombre, aunque no atino a distinguirlas.

Algo trata de separarnos, hija. Me empujan. Me resisto. Tú no volverás a pasar una noche sola, porque yo de aquí no me muevo.

Escucho el sonido de cosas metálicas cayendo al suelo. Voces altas. Más cosas que caen. Veo caras sin rostro que vienen hacia mí. Tranquila, cariño, que da igual lo que hagan, yo no me marchó.

¿Recuerdas las películas de Jackie Chan que veíamos los sábados por la tarde? ¡Cómo te reías! Tu risa es el sonido más bonito del mundo, así que mientras lanzo golpes sin sentido al estilo Chan te oigo reír. Consigo colocar unos cuantos en el cuerpo de alguien que maldice. También puede que sea yo el que esté soltando mierda por la boca. Perdóname, cariño, estoy hecho un lío.

Me tiran al suelo. Tres contra uno no es una batalla equitativa. Te juro que de uno en uno podría con ellos.

Me sacan a rastras sin permitirme un beso de despedida y me meten en un coche. Se empeñan en repetir una y otra vez que es por mi bien. Los ignorantes siempre pecan de atrevidos, y yo no acepto consejos de personas cuyos hijos respiren. Tampoco acepto que tu tío, tu prima y los dos desconocidos que me flanquean lloren como si ellos hubiesen perdido algo. Llorarte es mi patrimonio, un derecho ganado a pulso, consecuencia directa del privilegio de ser tu padre.

El coche de tu tío se incorpora a la autopista y avanza por el carril derecho a la velocidad mínima. A la izquierda, las ruinas amarillas del balneario parecen menos amarillas que otras veces. La masa de agua que se extiende a la derecha es menos azul. Hacia arriba, el cielo nublado es menos gris. Y dentro del coche, todo es pardo. El mundo se ha convertido en una imagen mate.

La última vez que hice este recorrido fue a tu lado. Estabas muy callada y yo lo achiqué al cansancio del vuelo. Te pregunté si te apetecía un café, o un helado o una piña colada, y a todo respondiste que no. Ni siquiera sonreíste con esa broma tan nuestra. «¿Qué te pasa, hija?», me interesé. «Verás, papá. Tengo un problema y necesito que me ayudes», me contestaste. «Por supuesto. Cuéntamelo», me ofrecí a escucharte, como siempre.

Cierro los ojos.

El zumbido de los coches que nos adelantan se aleja al tiempo que siento la verticalidad de la carretera de entrada. Conozco este camino como la palma de mi mano, por eso sé que el clic clic del intermitente significa que salimos de la rotonda.

No abrir los ojos es la decisión más acertada. No estoy preparado para abrirlos.

Pero los abro.

Y veo el cordón policial en la entrada oeste del parque. Y a un chico en patineta eléctrica pasando frente al lugar en el que te encontramos, gente con bolsas de la compra en las manos, la terraza de la cafetería llena de gente charlando... Todos comportándose como si no te hubieses ido. Y veo a una chica caminando a la altura del ayuntamiento, con el pelo castaño por los hombros y deportivas blancas, y creo que eres tú por un segundo, así que abro la boca para llamarte. No eres tú, por supuesto que no eres tú.

Putas vida de mierda.

Para cuando llegamos a casa, ya no tengo fuerzas, y tienen que ayudarme a subir los tres tramos de escaleras. Espero encontrar

a tu madre en el sofá. Ella es la única que puede entenderme en este momento. Es curioso, hija, tu madre y yo siendo uno contra el mundo. Digamos que no tuvimos el mejor de los comienzos de una historia de amor, aunque yo no me arrepiento de nada de lo sucedido. Luego llegaste tú y te tocó vivir el momento en el que todo fue diluyéndose. A tu madre empezaron a interesarle otras cosas, y yo cada vez estaba más encerrado en mis historias. Todo parecía abocado al fracaso, pero tú lo impediste. No nos convertimos en unas de esas parejas que aguantan juntos por los hijos; a nosotros nos sucedió algo más simple. Te queremos tanto que el amor se desborda y, como en una botella de agua, acaba mojando lo que le rodea. Quererte nos hace querernos.

—Le hemos dado un tranquilizante. Será mejor que la dejes descansar —me dice.

Tu tía es gilipollas. Estoy seguro de sus buenas intenciones. Aun así, eso no la hace menos gilipollas.

Me dirijo a nuestra habitación haciendo caso omiso de sus aspavientos para que cambie de idea. Abro la puerta con cuidado y cierro con rapidez. Las persianas están bajadas y echado el contraluz; no importa, no necesito ver para llegar hasta la cama. Me acuesto al lado de tu madre y me adapto a su cuerpo. Su respiración es larga y lenta, como si estuviese dormida, a pesar de que sé que no lo está. Lleva mis manos hasta su pecho y lloramos juntos.

—¿De verdad era ella? —susurra.

Cariño, no sabes lo que me gustaría decirle a tu madre que no eres tú, que es una chica que se te parece mucho, que era la chica que llevaba el pelo como tú. Decirle que te has fugado a otra isla lejana. Si existe un momento perfecto para contarle una mentira, es este. Sin embargo, no serviría de nada.

—Es ella.

Lloramos, lloramos y lloramos. Abrazados en medio de la más absoluta oscuridad. Es lo único que podemos hacer.

—¿Podemos enterrarla? —Su voz suena débil, lejana, como si no estuviera a mi lado.

—En cuanto terminen la autopsia. —Necesito hacer uso de toda mi fuerza para susurrar esas palabras.

Siento cómo tu madre niega con la cabeza y ahoga el llanto contra la almohada.

—¿Nos devolverán sus cosas?

—Seguro que sí.

Miento. No tengo ni idea de dónde están tus cosas o qué pasará con ellas, pero para tu madre es importante, así que le concedo eso.

—Vega, ¿han matado a nuestra niña?

Tu madre usa un tono interrogativo a pesar de que no está preguntando. La entiendo, las preguntas duelen menos que las afirmaciones.

Sí, alguien te ha matado, hija. La policía lo tuvo claro en el instante en el que las luces dejaron ver tu cuerpo, y la forense lo ha confirmado en el informe preliminar.

—Me han asegurado que no sufrió —le digo, como si eso aliviara algo.

—¿Por qué?...

—Shhh.

Acuno a tu madre como te hacía a ti cuando tenías pesadillas. A ti te calmaba; tu madre no tiene consuelo.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —me pregunta, sujetando con fuerza mis manos.

—Cuidarla, como siempre.

Seguimos abrazados en silencio hasta que por fin siento que las pastillas tranquilizantes de tu tía hacen efecto en tu madre.

Debería salir a la sala y darles las gracias a todos los que están al otro lado, pero ahora mismo me importa una mierda ser un malqueda.

Necesito pensar, cariño.

Y necesito que, pase lo que pase a partir de ahora, no me lo tengas en cuenta. Tu padre es el que conociste, quédate con eso, por favor. Sabes que yo no soy violento, que no te eduqué en la ira y la venganza, pero, a veces, un padre tiene que hacer lo que nadie más haría.

1.

2.

3.

4.

5.

6.

7.

8.

9.

10.

11.

12.

13. Sara Santana

14.

15.

16.

17.

18. El repicar de las campanas avisa de que la ceremonia da comienzo.

19. El circo abre sus puertas. En la pista central, una pareja con los ojos

20. en carne viva hace malabares para mantener el equilibrio frente

21. al maestro de ceremonias, vestido con sotana de blanco impoluto

22. y estola morada con ribetes dorados. Que se note quién es el jefe.

23. A la izquierda, una representación de los más granados de la

24. sociedad: políticos, funcionarios uniformados de distintos colores,

25. familias con apellidos compuestos y algún que otro grupo al que

26. no logro clasificar.

27. A la derecha, el pueblo entero. Para muchos, en realidad para casi

28. todos, la víctima es una desconocida. La única hija de Lourdes y

29. Vega, la que tocaba un instrumento y se fue a la península a estudiar.

30. Si no estuviera esa enorme foto junto al féretro, no podrían ponerle

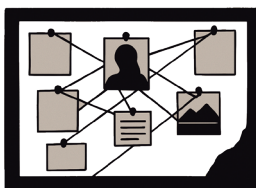
31. cara. Una mala foto, dicho de paso. La detesto con toda mi alma.

32.

33.

34.

35.



—Veinte euros a que cita a los Macabeos y la resurrección de los justos —susurra mi compañero Salazar con la mirada al frente.

—Es un clásico. No voy —le respondo.

—Cobarde.

Diez minutos más tarde recibo un codazo por su parte. El sacerdote se ha saltado los tópicos y con voz grave repite las supuestas palabras de Juan en el versículo 3:16 sobre la entrega del hijo unigénito y la vida eterna. El tío está sembrado.

Salazar carraspea y yo hago una mueca que podría parecer una sonrisa pero que no lo es.

—Doble o nada —me dice.

—Paso. Hoy no juego.

El humor negro en estos casos solo es entendible por nuestro gremio.

Para todos los asistentes, sobre todo para los padres, esta ceremonia es necesaria para cerrar una etapa del duelo. Una creencia tan incrustada en nuestro ADN que se acepta como indispensable para seguir adelante. Pero es falso. Tan falso como bendecir un féretro vacío rodeado de coronas de rosas, lirios, azucenas y calas que, a pesar de su belleza, representan tristeza.

A Elisa no le gustaban esas flores. Ella prefería las margaritas. Llevaba una pequeña tatuada de forma estratégica en su pubis. Lo leí en el informe de la autopsia. No le pegaba en absoluto, aunque le pegaban menos aún las fracturas craneales múltiples, la hemorragia subdural y las contusiones que provocaron un daño cerebral irreversible con consecuencia de fallo vital, hace nueve días. Fui la primera en acudir tras la llamada de los Locales y la última en abandonar la zona cuando la jueza ordenó el levantamiento del cadáver. Mi firma es la que aparece al final del informe ocular. En los trámites oficiales, mi nombre unido a la investigación es trabajo. Fuera del papel, es algo más visceral.

—Dime que has traído el móvil —le digo a Salazar.

—Lo llevo hasta la taza del váter, ¿por qué?

—Hazme un favor. —Hago hincapié en esa palabra—. Saca fotos de todo.

Salazar se gira y me mira con esa cara profesional cuando intuye que estamos entrando en terreno pedregoso.

—¿Nuestra presencia aquí es oficial?

—Claro que no. Tan solo siento una enorme inquietud por el arte cristiano y mi móvil es una porquería.

Asiente, disimulando la sonrisa, y vuelve a meterse entre la gente. Necesito salir de aquí y respirar.

Me encuentro la plaza de San Juan convertida en un espacio moteado de plásticos de colores. Lluve con la suavidad de un llanto agotado, y todos quieren resguardarse debajo de sus incómodos paraguas.

Cuanto más llueva, antes terminará el último acto de la función: el más duro para unos padres destrozados, engullidos por una masa de manos y bocas que los abrazan y besan dándoles un pésame impostado mientras ellos aguantan como si eso no fuera evitable.

En momentos como este, me alegro de ir armada por la vida.

Desde la distancia, veo a una madre menguando por segundos y a un padre convertido en una carcasa que actúa como un autómatas agradeciendo presencias impresentables. Sé que a ellos les importa una mierda si el camarero del bar de la estación o si la cajera del supermercado ha estado acompañándolos en el último adiós a su hija. Necesitan figurar y al mismo tiempo alimentar esa parte morbosa que todos llevamos dentro.

—¿Ponemos orden, jefa? —me pregunta divertido Salazar al llegar a mi lado.

—No. Con la multitud, pasamos desapercibidos. Sigue disparando. Quiero fotos de todo. De ellos también. —Señalo con la barbilla a toda la plana del consistorio.

—Los tengo, incluidos a los periodistas.

—Joder... —mascullo.

—Son los de siempre.

Salazar es un subteniente eficaz en su cometido. Sabe moverse y pasar desapercibido. Sus gafas de pasta y su vestimenta anodina lo mimetizan con el ambiente. No tarda en volver a mi lado con la tarea hecha.

—Vámonos de aquí. Quiero sentarme para montar lo que tenemos —le digo con urgencia.

—Genial, jefa. Nada como pasar la noche de un viernes con un juego de mesa.

Atravesamos la plaza por la zona norte y nos dirigimos en silencio al coche. Nos ponemos en marcha, y con las luces encendidas para hacernos ver entre el gentío, conduzco por la GC330 hasta llegar a la comandancia. Cuando llegamos, y una vez dentro, decido darle el resto de la noche libre a Salazar. Lo hago de forma que parece un gesto de cortesía. No me pide explicaciones, solo coge la chaqueta que dos segundos antes ha colgado del respaldo de la silla y sale del despacho haciendo un baile ridículo.

Salazar tiene suerte de que me divierta su sentido del humor, y yo tengo suerte de que formemos equipo. Después de dos meses de prácticas, se lo rifaban en Delitos Informáticos, pero él quiso quedarse en la comandancia, cerca de su casa y en un entorno seguro. O al menos eso creía cuando entró en la Unidad Orgánica de Policía Judicial de la Isla.

El informe de la muerte de Elisa se resume a diez páginas: el que redactaron los policías locales tras recibir varios avisos de ciudadanos que estaban en el parque en el momento del encendido de luces, apenas dos páginas con varias fotos del cuerpo antes del levantamiento, las cuatro del informe de la autopsia y las fotos de un cuerpo con una enorme Y que atraviesa los omoplatos hasta el ombligo.

Las extiendo sobre la mesa y las observo con detenimiento. A Vega le dijimos que no sufrió. Le mentimos. Agonizó durante más de una hora y sufrió un dolor inhumano antes de dejar de respirar. Si eso no se le puede decir a un padre, mucho menos a un amigo.

Descargo las fotos de Salazar en el ordenador y las imprimo. Coloco la de Elisa en el centro de un círculo formado por sus familiares directos y estudio la estampa. Luego hago otro círculo con los cercanos, otro con amigos y el último con los que, en primera instancia, no guardaría relación.

No sé por dónde empezar. Me pongo de pie para cambiar la perspectiva. Intento centrarme en detalles, sin embargo, toda mi atención está focalizada en el cuerpo de Elisa, en la hendidura de su cráneo. Me alejo, aunque sigo viendo la herida. Me coloco en la esquina opuesta y cierro los ojos. Continúo viéndola.

Golpeo con fuerza el pie contra el suelo, intentando exorcizar mis demonios. Pero ellos crecen alimentándose de preguntas y de la rabia, la jodida rabia, y la impotencia, la brutal impotencia. La que ha estado carcomiéndome desde hace nueve días.

Los malditos nueve días sin Elisa.

No, esto ya no es solo trabajo. Tampoco es visceral. Es personal.

